



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Dominación y legitimación democrática en América Latina**

AUTOR: *Roberto A. Follari* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

El planteamiento central del presente ensayo se refiere a la dominación de EE.UU. en Latinoamérica por la vía de la democracia. El poder económico actual y la falta de resistencia permiten sostener elecciones y parlamentos sin disminuir la imposición económica. Por el contrario: se profundizan los ajustes con los regímenes democráticos. Se ha logrado la legitimación perfecta, ya que el gran capital no se presenta ahora dictatorial sino genuinamente preocupado por la democracia, y la sempiterna intervención de EE. UU. en Latinoamérica se practica "en salvaguarda de la democracia".

Se ha cumplido con la pretensión ideológica neoliberal; asociar capitalismo y democracia como intrínsecamente necesarios el uno a la otra, reducir la noción de democracia al ejercicio electoral/parlamentario y disociar lo económico de lo político, de modo que un sistema legitimado es aquel que tenga esas características, totalmente al margen de criterios de justicia económica y racionalidad distributiva.

ABSTRACT:

Democratic domination and legitimation in Latin America.

The central purpose of this essay is the following: The domination of United States over Latin America is prosecuted today through the democracy. The actual economic power and the lack of resistance allow to support the elections and parlements without the diminution of the economic imposition. On the contrary: with democratic regimes, the adjusts are profounded. The perfect legitimation has been fulfilled, whereas the large capital is not present now as dictatorial, but genuinelly worried for the democracy and the preminent intervention of United States in Latin America is practicated "on safeguard" of the Democracy.

The pretension neoliberal and ideologycal has been cumplished: to associate the capitalism and the democracy as intrinsecally neccesaries one to each other; to reduce the democratic notion to the parliamentary and electoral exercise and disassociate the economics of the politics, in this way, a legitim system is that who has those characterictics, completely aside of the criterions of economics justice and distributive rationality.

TEXTO

Hace diez años J. Baudrillard anticipaba -de una manera entonces incomprensible- el ocaso del pensamiento crítico, y el eclipse de los autores ligados a esta vertiente -en

particular de M. Foucault. Baudrillard señalaba palmariamente que el poder había muerto, que el deseo estaba teledirigido y no podía ser base de alguna política alternativa, que el pensamiento -y el lenguaje al cual está fuertemente asociado- dejaban el paso a la tiranía de la imagen y la impresión inmediata (Baudrillard, 1982).

No había horizonte histórico para comprender ese mensaje en la Latinoamérica de entonces. La crisis de la modernidad era interpretada en sentido positivo: se trataba de complementar al marxismo con un tanto de microfísica del poder, de oponerse a la burocracia con la reivindicación del eurocomunismo o la democracia parlamentaria, o simplemente de corregir detalles de la utopía. La posibilidad del cambio estructural radical de nuestras sociedades parecía seguir existiendo, y la discusión del modelo alternativo reconocía la crisis de los existentes para introducir aspectos correctivos: atender a los "nuevos sujetos" sociales (juventud, mujeres, regiones: en realidad lo único "nuevo" de estos sujetos era su reconocimiento por los intelectuales), incorporar una ética imaginativa que no fuera represiva en lo estético y lo erótico, buscar una cierta democratización del Estado, criticar el vanguardismo militante. Las certezas no se habían conmovido en exceso: el discurso que las viabilizaba se actualizaba hacia el reconocimiento de un esquema excesivamente cerrado de las utopías anteriores, básicamente las socialistas basadas en el marxismo.

Pero el fin de la modernidad desembocó en otra cosa: todo el lenguaje celebrador de autores como Derrida, que anunciaba el fin de la metafísica como terminación feliz de la tiranía logocéntrica; Foucault, que avistaba en el final del humanismo la posibilidad de un pensamiento de la dispersión y la diferencia, o Deleuze que se alegraba de la disgregación del yo en millones de trozos desunificados, desentona actualmente por completo. La realidad en el período posmoderno es otra mucho menos regocijante; el fin del Logos se imbrica con el triunfo del video y la televisión, del clip y el narcisismo "cool" (Lipovetski, 1986), la figura del "jooging" y el autocuidado, la ética acomodaticia y la desaparición de la negatividad, el reemplazo del disciplinamiento por el adormilamiento consumista y la imposibilidad de elaboración de los mensajes, en fin, la triste figura deambulante del zombie [1] (Finkielkraut, 1987:39).

Habrá que insistir -como ya se ha hecho (Follari, 1990)- en la diferencia entre la última modernidad crítica, plasmada en el posestructuralismo, posmoderno como tal; con este último pensamiento, ligado a una situación social y cultural que lo conforma (Vattimo, Baudrillard, Lyotard, Lipovetski) el cual asume la conformidad, o la inevitable conciliación con lo existente, con el universo de la modernidad cumplida. El mundo de la técnica y la imagen generalizados, propone el alivianamiento de la experiencia y la desaparición de la continuidad, del proyecto, del sujeto constructivo que caracterizaron lo moderno. Desestructuración de las identidades "duras" y de las certidumbres fundantes: pluralismo donde juega lo arbitrario, no en la búsqueda del acontecimiento que soñó Derrida, sino en la abulia del sin-sentido y la retirada de lo colectivo y lo crítico como horizonte.

Habrá que desestimar cualquier referencia en el sentido de que en Latinoamérica nada tenemos que ver con lo posmoderno, que esto es "importado"; la cuestión nos atañe -nos guste o no- al margen de la existencia de nuestra modernidad heterogénea e incumplida. No porque "seamos" típicamente posmodernos, sino porque estamos tocados por algunos de los rasgos básicos. No somos "mundo aparte": la caída de las utopías también nos toca, el fin de los países del Este y su(s) modelo(s) concomitante(s) nos influye; estamos viviendo el espacio del video, el cable televisivo, la informática, el fax, las computadoras. Por supuesto, esto se conjuga con una sociedad donde la pobreza es extrema, los problemas estructurales siguen irresueltos, los recursos para los sectores populares son menores, aun dentro de la distribución de un producto que en muchos casos ha disminuido globalmente. Pero todo esto no niega lo anterior, sino se le superpone, en un

espacio de lectura/mezcla que es típicamente posmoderno; superposición de planos, combinación caótica y contradictoria, y sobre todo, imposibilidad de asignación de un significado único y prefijado. Hoy se ha mostrado cómo aun las culturas populares no pueden definirse en una imaginaria oposición/exterioridad a la sociedad dominante, sino en articulación a la vez continua y conflictiva (García Canclini, 1990); las artesanías indígenas se exhiben por televisión, mientras se incluye a Van Gogh en tarjetas de Navidad y Bach sirve de fondo para publicitar cosméticos.

Aspecto concomitante de la crisis es el ocaso de los intelectuales, y de la legitimación que ofrecían; son progresivamente reemplazados por técnicos, ingenieros y tecnócratas que programan, organizan, planifican, coordinan, producen; no se encargan de la tradicional tarea de simplemente "pensar", que no ofrece réditos en el mercado. Los sistemas políticos no apelan a filósofos y sociólogos, y de hacerlo los reconvierten en encuestadores, publicistas, productores de imagen; esta situación, entrevista hace años por Lyotard (Lyotard, 1981), se expresa en la crisis y los intentos de reconversión "desde arriba" que vienen sufriendo nuestras universidades latinoamericanas.

Los sectores conservadores aprovechan la ocasión: bien conocida es la furia neoconservadora contra los supuestos privilegios de la "nueva clase" (los intelectuales), a los que se debería reducir y castigar por su hipercrítico derivado del ocio y la facilidad (García Canclini, 1987). Luego sobrevendrá el festejo de la situación por los voceros del nuevo orden unipolar mundial: el reconocido publicista del capitalismo, Bernard H. Levy, festeja que "la era de los gurús ha declinado,... la figura misma del intelectual se ha debilitado por el derrumbamiento de las ideologías con las que estaba emparentada su suerte". Y como muestra de que para él ya no existen ideologías, se alegra de "las ilusiones perdidas... esperanzas falsas provocadas por un tercermundismo cargado de rencores contra el viejo mundo" (Guicciardi). Levy decreta desde su propia ideología la muerte de las demás.

Dentro de este panorama epocal se encuentra una Latinoamérica para la cual la dominación, a nivel económico, se ha incrementado, y que reenvía constantemente millones de dólares al capitalismo avanzado para mantener una deuda externa que sigue creciendo. Que advierte cómo crecen la marginalidad y la desocupación, así como la desigualdad social en una sociedad dual, como resultado de los permanentes programas de ajuste exigidos por los organismos de crédito y la banca acreedora. Una sociedad donde ha logrado satanizarse al Estado como culpable de todos los males, a las políticas sociales como nefastas, mientras se diviniza el mercado, remedio universal de todo mal económico, imaginario espacio de competencia entre ciudadanos y países libres e iguales. Doble y feliz imposición, para el capitalismo: de una política económica y de una ideología legitimadora. Dos caras de una sola moneda; la altísima concentración de capital y el manejo exclusivo de la novedad tecnológica sofisticada, que han permitido la derrota del socialismo real sin lucha abierta y el sojuzgamiento de las economías periféricas. Fin de la autonomía del Estado para poder proponer políticas de redistribución o planeamiento estructural: la intervención abierta de las grandes empresas en los dictados de políticas gubernamentales (visible hoy con Menem en Argentina) responde a consecuencias de funcionarios -sin duda-, pero también a una relación de fuerzas globalmente modificada, abrumadoramente favorable al capital. Este arrasa con la tradicional autonomía de la política; arrastra como bomba impenetrable a su terreno a viejos adversarios ideológicos, reconfigura identidades doblándolas al servicio del capital (ver el actual peronismo en Argentina, Paz Estensoro y Paz Zamora en Bolivia, así como parte de la izquierda chilena), hace ver a la economía como autónoma e ingobernable, con principios ineluctables que nadie podría enfrentar. La economía domina por sí sola; el avance ideológico del neoliberalismo no es más que una concomitancia de esta situación.

El panorama ideológico se ha vuelto maniqueo y homogéneo; la tiranía del mercado es indiscutible, dado que la formulación de alternativas políticas exige ahora mucha más fuerza política y nuevos modelos teórico-conceptuales; no hay una cosa ni la otra. Los intelectuales optan -a menudo- por refugiarse al estilo avestruz, negando la existencia del problema: les bastan vagas alusiones a su opción por la democracia para sentirse legitimados, como si la dominación económica hubiera desaparecido o no hubiera aumentado violentamente. Muchos se dicen socialdemócratas: parecen ignorar que la crisis del socialismo real no es mayor que la de las socialdemocracias, que lo único que practican actualmente -tanto en América Latina como en Europa- es la política del gran capital y un libremercado con retoques sociales. El Estado benefactor socialdemócrata es tan inviable como el quiebre del capitalismo por vía revolucionaria; hoy no basta disfrazar la orfandad de proyectos críticos con apelaciones a un "buen" capitalismo que no se verifica. Hay que confesar el abandono del campo crítico y la aceptación del mandato del capital, o trabajar por alternativas a lo existente. Justificar los ajustes y la pauperización con la sola apelación democrática es insuficiente, y puede ser una hipócrita forma de disimular la abdicación ideológica y práctica.

Por supuesto, el otro elemento del triunfo del neoliberalismo está dado por la situación sociocultural que caracterizamos como posmoderna. Fin de los proyectos, de la moral que exige esfuerzo, de la prosecución de objetivos. En este panorama dominado por la TV y el imperio de lo efímero, toda proposición en términos tradicionales de militancia y organización sistemática quedan fuera, así como también el discurso crítico y la apelación moral. [2]

No queremos ser unilaterales: lo posmoderno no es juzgable sólo por lo negativo; también ha implicado reivindicaciones necesarias (crítica de las tiranías, apertura de lo plural, revaloración del cuerpo y del instante), tanto teórica como socialmente; una consideración más larga -que el tema merece- la hemos practicado ya, y existe abundante literatura al respecto (Follari, 1990; Casullo, 1989; Foster, 1985). No estamos juzgando lo posmoderno, sino advirtiendo algunas de sus consecuencias -indiscutibles- a los fines de nuestro tema: la legitimación del capitalismo por vía democrática en Latinoamérica. Entre esas consecuencias, asumimos que la dispersión social, discursiva y de imágenes, no debe evitar que pensemos todavía en nuestras sociedades como totalidades, aun cuando éstas no sean clausas ni "duras"; pero sin una composición de conjunto no hay modo de enfrentar aquellas políticas que nos perjudican. A su vez, hago mía una feliz frase de García Canclini: aceptar las diferencias sí, pero otra cosa sería -en su nombre- aceptar las desigualdades (García Canclini, 1990).

Por supuesto, lo posmoderno no es sinónimo de neoconservador. Se trata de dos fenómenos de orden diferente; el segundo es una ideología y una política, lo posmoderno se refiere a una situación social global, a un fenómeno que atraviesa a las ideologías y a las políticas, fenómeno que no es un perverso invento del capitalismo avanzado como algunos suponen, sino resultado "sin sujeto" del aumento de la complejidad social, de la primacía de los medios y de la movilidad de los mensajes. Además de ser de orden diverso, es cierto que estos fenómenos se articulan, pero no siempre en mutua concordancia: el rechazo del neoconservador Daniel Bell a la cultura consumista y al hedonismo, y la pretensión neoconservadora de retorno a la moral puritana, lo confirman.

Aclarado lo anterior, es cierto que muchos rasgos posmodernos resultan funcionales a las políticas de dominación: esto, porque el Estado y la administración no se posmodernizan, tampoco las empresas privadas. Estas continúan con su disciplina y su rigurosa búsqueda de eficiencia. Lo posmoderno afecta a la cultura, fundamentalmente a la sociedad civil; ésta se debilita, el Estado (como control, no en lo económico, se entiende) sigue siendo fuerte. El mercado se fortalece, la resistencia disminuye. A lo sumo, los políticos se

posmodernizan, pero no para "ablandarse" en el férreo control de las decisiones, sino para parecer "blandos" al compartir el espacio de la TV con cómicos, galanes, actrices y vedettes, en un juego siniestro que trivializa las imágenes presentándolas como campechanas y cercanas, cuando son más que nunca inaccesibles a los procedimientos tradicionales de representación con que los ciudadanos contaban.

Llegados a este punto, podemos recuperar nuestro hilo central: hoy la dominación de EE.UU. sobre Latinoamérica se ejerce por vía de la democracia. El poder económico actual y la falta de resistencia permite sostener elecciones y parlamentos sin que se disminuya la imposición económica. Por el contrario: se profundizan los ajustes con regímenes democráticos. Se ha logrado la legitimación perfecta, ya que el gran capital no se presenta ahora dictatorial sino genuinamente preocupado por la democracia, y la sempiterna intervención de EE.UU. en Latinoamérica se practica "en salvaguarda de la democracia".

Se ha cumplido la pretensión ideológica neoliberal; asociar capitalismo y democracia como intrínsecamente necesarios uno a otra, reducir la noción de democracia al ejercicio electoral/parlamentario y disociar lo económico de lo político, de modo que un sistema legitimado queda totalmente al margen de criterios de justicia económica y racionalidad distributiva.

Este mecanismo discursivo se ha impuesto ampliamente, con base en razones económicas y culturales. Lo repiten periodistas, intelectuales, políticos, hombres de negocios, hasta militares. Cualquier voz en disidencia corre riesgo de mostrarse "premoderna", retrasada, fuera de época. Hay una sola verdad, y en su nombre y su clave es legible el mundo. Paradoja posmoderna: celebración de las pluralidades en un mundo de discurso rotundamente unívoco.

Poco importa que no parezca tan cierto que el mercado sea democrático: el caso de Chile precisamente mostró otra cosa desde 1973 y la imposición militar. Puede haber libre mercado sin democracia. La cuestión inversa -si es posible democracia sin libre mercado- nos ubica en el centro del escenario; la discusión sobre qué es lo democrático y qué es lo que puede legitimarse en su nombre.

Consideramos la representación parlamentaria como aspecto irrenunciable de un sistema político democrático. Condición necesaria, pero no suficiente. Condición imprescindible; la versión instrumental que sobre la democracia manejó tradicionalmente la izquierda es errónea, y manifiesta una creencia en el carácter de "clase" de las instituciones del Estado, que hoy no es sostenible. La experiencia de las dictaduras, del recorte de los derechos en nuestros países, nos deja claro cuánto hay que valorar las instituciones, en qué sentido éstas no sostienen libertades "formales", sino sustantivas.

Pero un sistema político debe garantizar a todos los ciudadanos el acceso a los bienes fundamentales, la satisfacción de necesidades y la participación en las decisiones. Estos ítem no son accesorios: son intrínsecamente necesarios a la democracia, y cuando no se dan vician incluso el criterio inicial; en una sociedad desigual el voto está condicionado por los grandes poderes económicos y comunicacionales, no es verdadera siquiera la libertad de elegir.

Estos requisitos han desaparecido por completo del discurso. Basta que haya elecciones para justificar un gobierno, aunque haya restricciones a los derechos, salvajes distancias económicas, imposibilidad de acceder a la escolaridad, la salud, la vivienda y aun a la alimentación. Todo esto es un argumento que ya no se cuestiona. Un gobierno vale si se vota; si no, es rechazable.

Al respecto, el caso cubano es patético en el subcontinente. No se cumple el requisito democrático de la elección plural, es verdad, pero cumple (hoy, con las dificultades que el bloqueo internacional establece) ampliamente el resto. La mayoría de los países latinoamericanos no cumple ninguno de los demás, o no lo hace acabadamente. Países mucho más ricos que Cuba tienen problemas de escasa escolaridad, mortalidad infantil, marginación generalizada, desempleo y subempleo... Pero ¿qué puede esto importar a los funcionarios del Departamento de Estado dispuestos a acabar con la Cuba socialista, o a Intelectuales preocupados por el parlamentarismo como criterio único de verdad?

Veamos el alegato de M.A. Macciocchi, quien en la sinceridad de su autobiografía deja claro hasta qué punto se impone hoy "el otro lado" del triunfo capitalista: todo lo que ha tenido que ver con el socialismo es rechazable y funesto. La llama un desconocido para firmar un manifiesto contra el gobierno cubano: "quisiera decir: perdone, pero no sé nada de Cuba, en mi vida he puesto los pies en ella. Me agradecería informarme..." La voz "oiga, tengo que darme prisa. ¿Firma o no?" Es fría, casi indignada... "Cedo. Está bien ¡Firmo!"... "Digo a mi amigo escritor: he firmado otro manifiesto, pero no he entendido nada". "¿Contra quién?" "Contra los cubanos". "Está bien, contra los cubanos se firma siempre, no es necesario entender" [3] (Macciocchi 1987:418-419). Muestra prístina del maniqueísmo capitalista que se disfraza de democrático. ¿Para qué entender? ¿Para qué informarse sobre los crímenes de la "democracia" en El Salvador, sobre el gobierno títere de Honduras, sobre las muertes en Guatemala? Son democracias y basta; los dardos irán sólo contra Cuba; allí "se firma siempre"; la ideología del "capitalismo democrático" se ha vuelto sentido común aceptado.

Fue en nombre de la democracia que se abandonó el marxismo; para evitar el maniqueísmo según el cual la violencia o la dictadura eran malas si capitalistas, buenas si socialistas. Era necesario desenmascarar aquel discurso que justificaba todo en un bando y lo execraba en el otro. Si "democrático" -es decir, capitalista- bueno; si socialista, populista o estatista, execrable. Echando toda la culpa a la parcialidad socialista se asume una absoluta parcialidad capitalista; se puede invadir Granada y Panamá en nombre de la democracia, imponer un presidente que -como Endara-, jura en un comando militar extranjero; justificar sin matices la guerra en el Golfo como salvaguarda de la paz mundial, sin referencia alguna a los intereses económicos y geopolíticos en curso; llamar fundamentalistas a los musulmanes porque no pertenecen al credo laico/"democrático"/occidental. Todo es aceptable en nombre de la sedicente democracia. Popper incluso ha llegado a teorizarlo con su "paradoja de la tolerancia"; no se puede ser tolerante con los adversarios del capitalismo, para ellos se requiere la represión y la violencia. Si éstas son "democráticas", se hacen inmediatamente legítimas (Vergara,1984; Follari,1988). El fin "democrático" justifica los medios antidemocráticos, aunque esa incoherencia entre fin y medios fue uno de los argumentos para la satanización del socialismo.

No tenemos espacio aquí para desarrollar la idea de alternativas a la situación, por ahora sólo germinal. Esta es una tarea urgente a realizar; la legitimación del actual modelo cabalga sobre la falta de alternativas viables y creíbles. El suelo se ha modificado; no sirven la vaga esperanza de Habermas en someter la política a la razón, ya que la acción comunicativa es sólo una idea regulativa sin mediación política concreta [4] (Habermas, 1990); menos aún el inevitable etnocentrismo de R. Rorty cuando pretende entrar en igualdad de condiciones a la "conversación de la humanidad" desde un lugar de poder (capitalismo estadounidense) que no ha podido tematizar [5] (Bello, 1990). Se requiere audacia, y el convencimiento de que una época -la modernidad- se ha clausurado; o se está a la altura de esta transformación epocal, o el discurso del poder seguirá haciendo inútil la pluralidad de las voces desde la potencia unificada de su sola, monótona pero monolítica presencia.

CITAS:

[*] Profesor titular. Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Argentina.

[1] No compartimos la visión conservadora y eurocéntrica desde la cual este autor defiende la modernidad y su versión de "la razón"; pero su alusión al zombie, al terminar su libro, es a la vez efectista y efectiva.

[2] El fracaso de la apelación a la moral en una sociedad desfundamentada y pragmática fue evidente en la elección de septiembre de 1991 en Argentina; el gobierno está reconocidamente ligado a una serie de escándalos financieros y judiciales, pero el logro de estabilidad económica y la promesa de prosperidad capitalista se impusieron ampliamente.

[3] Libro ejemplar como expresión de la "buena conciencia" de una intelectual que perteneció orgánicamente al comunismo y que no admite ninguna responsabilidad personal en las situaciones que la desencantaron. Sus críticas a la izquierda se han transformado -por inopinada dialéctica- en acrítica postura de derecha.

[4] Habermas brinda puentes filosóficos a quienes no soportan la intemperie posmoderna, ya sea positivistas o marxistas que ya no pueden sostener sus posiciones previas. Creemos que su defensa de una razón pragmática no asume la magnitud de la crisis cultural contemporánea, y pretende exorcizarla con un modelo ideal.

[5] Apreciable entrada a la filosofía de Rorty, aún cuando poco críticas en el punto que comentamos (su filiación como "liberal burgués posmoderno").

BIBLIOGRAFIA:

Baudrillard, J. (1982). *Olvidar a Foucault*, Pre-textos, Barcelona.

Bello, G. (1990). "Introducción", en Rorty, R. *El giro lingüístico*, Paidós/I.C.E./U.A.B., Barcelona.

Finkelkraut A. (1987). *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona.

Follari, F. (1990). *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Aique/Rei/Ideas, Buenos Aires, Cap. I.

García Canclini, N. (1990) *Culturas híbridas*, SEP/Grijalbo, México.

García Canclini, N. Comp. (1987) *Políticas culturales en América Latina*, Grijalbo, México.

Guicciardi, E. *El País*, Madrid, comentando el libro de B.H. Levy "Les aventures de la liberté" (Une histoire subjective des intellectuels).

Habermas, J. (1990). *Pensamiento post-metafísico*, Taurus, México.

Lipovetski, G. (1986). *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona.

Lyotard, J. (1981). *La condición post-moderna*, Feltrinelli, Milano.

Macciocchi, M. A. (1987). Dos mil años de felicidad, Espasa-Calpe, Madrid.

Vergara, J. (1988). "Popper y la teoría política neoliberal", en *Crítica y utopía*, no. 12, Bs. As., mayo 1984; también Follari, R. Los Obispos de EE. UU, contra Reagan, UNSL, San Luis (Argentina), Cap. 2.